

DOS POEMAS

ANDRÉ VELTER

Versión y presentación de Aurelio Asiain



André Velter, el poeta francés, es el conocido editor, en las Éditions Phebus, de una hermosa revista: Caravanes. En México, la palabra tiene un sentido que no comparten otras regiones de la lengua española ni el universo francés pero que a André Velter, estoy seguro, no le desagradará conocer: una caravana es una inclinación de reverencia, ante una dignidad o ante una comitiva que pasa. Es un gesto que casi instintivamente diríamos propio de orientales. En francés, en cambio, caravane sigue evocando al camello que designa el sánscrito karabha: es el grupo de personas que se reúnen para cruzar una región inhóspita. Imaginamos a ese grupo siempre en marcha, formando una larga fila que avanza por la arena, bajo el sol inclemente o en la noche ventosa. Ambos sentidos convienen a una aventura editorial que reúne año con año a poetas venidos de todos los rincones de la tierra y de todas las vueltas del tiempo: Su Tung Po y Xavier Villaurrutia (en la traducción excelente de Jacques Anctet, y presentado por Octavio Paz), Bernard Noël y Rabindranath Tagore, Camillo Sbarbaro y Álvaro Mutis (el autor de Caravansary, nada menos). Voces en torno de una hoguera alimentada con troncos añosos, recogidos en los oasis donde alienta la vida mientras crece el desierto. La fila que formarán estos viajeros una vez puestos en marcha es la cuerda de la tradición. Y esa cuerda, recia como las amarras de un buque y larga como el cable de un ancla, es la misma que resuena en los poemas de André Velter, pero como la cuerda de un instrumento musical.

Los sonidos que el arco de André Velter extrae de esa cuerda, en la que se anudan los hilos más diversos, son los de una música antigua como el hombre y fresca como agua bebida en el desierto: es la música de la conversación. No quiero decir que estemos, sin embargo, ante un poeta coloquial ni ante un cronista de la vida cotidiana —a menos que aceptemos que la vida cotidiana no transcurre sólo en el barrio y que para conversar no es imprescindible frecuentar al vecino. Conversación: confluencia. Lengua cotidiana pero tejida de ecos y evocaciones, coloquio urdido con voces lejanas, la poesía de Velter es la de un lector que lee los libros como quien lee las constelaciones —y su cielo está aquí abajo: es la realidad misma, oculta por un exceso de palabras. “La vida está en otra

parte”, decía Rimbaud, pero esa otra parte está aquí mismo, es el reverso de aquí mismo, palpitando a la vuelta de la esquina, bajo un manto de papel periódico. Entre la labor del editor y la obra del poeta no hay pues discordia ni solución de continuidad. Los poemas de André Velter surgen de una travesía por el desierto y avanzan en busca de un cielo hospitalario. El itinerario de este errabundo en busca de su Oriente traza la forma de un signo de interrogación que es, lo sabemos bien, el de una espiral que aflora. La estela del viajero es un hilo negro sobre fondo blanco, su estrella es una luz en el agua de un pozo. Sílabas dichas al lado de la fuente, delante de la hoguera, al calor de la memoria que lleva la caravana por la intemperie. En la altanoche que dura en el desierto, André Velter es un insomne que vela y guarda la memoria. Oigamos ahora lo que escucha.

UNA SED DE REALIDAD

el sol
en la piel
seca los secretos

cuerpo a cuerpo
de la arena
y los sueños

es
un resplandor
del ser

el despertar
en carne viva
del presente

donde la sal
cristaliza
el océano

donde las piedras
dan noticia
del fuego

donde el deseo
reúne
su hálito de huesos

así nace
una fuerza
sin sombra

porque la noche
dilapida toda idea
de la noche

lo que llega
es más
que una llamada

a vivir
en terreno
descubierto

NADA

No naciste de un sueño
ni de una caricia
ni de un libro,

no naciste de una sombra
de una escampada
de una sima,

no naciste del agua
ni de la tierra
ni de la última lluvia,

no naciste de ayer
de Júpiter
de Jehovah,

no naciste de un nombre
ni de una estela
ni de una cruz,

no naciste de una loba
de una reina
de una diosa,

no naciste de un suspiro
ni de una pena
ni de una rosa,

no naciste de un acta de nacimiento
de un pacto
ni del menor deber,

no naciste del alba
ni de una plegaria

de una esperanza,

no naciste de la ola
ni del pulpo
ni de la perla,

no naciste de un filtro
de un embotamiento
de una primavera—

quizá naciste del olvido
de un gran silencio
o del sol,

quizá del viento
del horizonte
de un eco perdido,

quizá de una nube
de un relámpago
de un reloj de arena,

quizá de un oráculo
de una herida
de un vértigo,

quizá de una hija de la noche
de una Moira remendada
de un grito por fractura,

quizá de un camino
de una linde
de una leyenda,

quizá de un polvorín
de un claro
de una ausencia,

quizá del fuego
de un ala
o de un canto,

quizá de una minucia
de un deseo
de un sílex,

quizá de una desconocida
de una huidiza
de una muñeca,

quizá de una flecha
quizá de una cuerda
quizá de un árbol solo

—oh mi nada
de qué naciste!